

Transgresiones de la sensibilidad

No dijo tanto



ni tampoco, posiblemente, se paró a echar mucha cuenta de cuánto de su yo pudiesen estar gritando las palabras que omitiera, igual como quien dice a algo parecido que le ocurrió una vez a Quiteria tan por completo diferente y que fue, a saber — que puede que tampoco esto las hermanas lo sepan —: omitir lo que gritara.

El abuelo tenía, seguro, que acordarse.

Una de esas temporadas malas en las que todo son problemas; con el marido, el novio, los hijos, el padre o la madre que lo pariera a uno, o a una, ella... ¡la Virgen! — diría — o el amante, o dinero, qué

importa y no una noche, además, de viernes ni tarde de domingo donde por matar la soledá o la angustia todo vale. No; una noche cualquiera o una tarde de tantas cuando te lo estas quitando de dormir o de joder — al abuelo le gustaba llamar a las cosas por su nombre — por puro gusto y en buena disposición y ella agarra y va y llega y, para qué contar... Y alguien que estaba en el asunto dijo «lástima», ella, precisamente, que a la distancia conveniente «es» tan buena y que maldita fuese... no ella, claro, sólo la circunstancia adversa que la mantenía quieta, como ausente o de piedra, con los labios blancos de tan apretados y sin poder articular palabra, allí, de pie en medio del escenario (Continuará)